

NAVIDAD, BEGONTE Y SU BELÉN

Querer contar historias de una tierra que acoge es más difícil que intentarlo con la propia. La mezcla de recuerdos de otro tiempo y de otro espacio, amalgama una idea, pero desear descubrir el presente, entre las letras, es delicado cuando no se ha sido parte de una tradición. Sin embargo, una visión actual puede ser tan intensa, tan válida como esta invitación a contarlo.

Al poco tiempo de haber llegado a Galicia, la Navidad me recibía por primera vez en el norte. Me dijeron que debía visitar el Belén de Begonte, pero en esa ocasión había tal cantidad de público, en vísperas de Nochebuena, que no pude llegar a verlo. Ya era una buena señal, sin duda, que tal poder de convocatoria reflejaba algo interesante.

Hace un par de semanas en Begonte tuve el mágico encuentro con aquellas piezas que, en coordinada actuación funden las más típicas costumbres de Galicia con el símbolo más eterno de Navidad: El Belén. Aquel cuadro que descubrí en mi infancia, en otra tierra por cierto donde le llamamos El Pesebre, ahora lo redescubría. Sí, estaba el pesebre central, el portal, pero además rodeado por peculiar entorno: el de la tierra gallega y su gente en actividad cotidiana: tejedora, alfarero, pescador, afiladores, aserrador, leñador, hilanderas, etc. Esas figuras son imágenes, proyecciones de este tiempo de cómo la Navidad, se extiende a través de la Galicia profunda.

Begonte, parece haber sido elegido entre los pueblos para ser el símbolo gallego en Navidad.

Creo que esta elección es espontánea, porque en Galicia aún se puede sentir y disfrutar de la cercanía del pueblo a la ciudad. Mientras en esta última la Navidad cabalga como una aceleración entre compras y ruido poco habitual, el pueblo sigue siendo el mismo. Ahí se sigue trabajando, hombres y mujeres arrancan de la tierra la propia vida, tal cual aquellos personajes del Belén.

Tampoco es ajeno pensar que empujados en una nueva centuria, recorriendo la fuerza del individualismo, me encuentre en Europa con una obra de generosidad. Reflejo, indudable, del espíritu que sella Galicia. Un grupo humano que mantiene una ilusión y prolonga en la simbología del belén de Begonte, el acontecimiento inicial y trascendente de nuestra cultura cristiano-occidental.

Son largas jornadas de trabajo y genialidad del autor de las obras recreadas, que en sencilla armonía simulan exactas réplicas de la realidad. En quince minutos nos quedamos con la mirada puesta en las montañas nevadas de aquel entor-

no, con el perfil del portal, pensativos hacia el infinito. Es una mirada que va también a nuestro interior, hacia el encuentro con el espíritu y con Dios.

Las húmedas y verdes piedras, los largos inviernos en Galicia, ese gélido viento que roza la piel, serán futuros recuerdos de esa tierra. Es curioso que ahora vivan en mi, también como recuerdos navideños, que en otro tiempo fueron estivales. El frío y la lluvia del paisaje, pueden marcar las vidas y las tradiciones, en torno al calor del hogar, de espaldas a aquel que viene caminando desde fuera. Sin embargo, es otro el sentimiento y el actuar del gallego, del begontino, que tiende la mano e invita a compartir el calor de su hogar y no permite, a quienes hemos nacido en otra tierra, estar solos en Navidad. En un medio climáticamente frío, descubres el calor de un pueblo acogedor. Parece un gesto sencillo, pero la significancia en ciertas ocasiones tiene un valor incalculable. Tanto puede conmover este gesto, que te atreves a contar historias de otra tierra.